

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Campo cerca del jardín de la casa de Capuleto.

Entra ROMEO.

ROM. ¿Quedando aquí mi corazón, avanzo?  
Vuélvete, tierra, atrás, y halla tu centro.  
(Salta la tapia y entra en el jardín).

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

BENV. ¡Romeo! ¡Primo mío!

MERC. ¡Por mi vida!

Discreto es, y el lechó en casa busca.

BENV. Aquí llegó; debió saltar la tapia;  
Grita, Mercucio.

MERC. A conjurar me apresto.

¡Romeo! Caprichoso, audaz, demente,  
Amante. Ven en forma de suspiro.

Responde «¡Ay me!» y «amada, idolatrada.»

Echa un requiebro á mi comadre Venus,

Y á su hijo y mayorazgo el dios Cupido

Pon un apodo y su destreza alaba

Cuando apuntó tan bien, que enamorado  
 El Rey quedó de la infeliz mendiga.  
 Ni respira, ni escucha, ni se mueve.  
 Muerto está el mozo.—Conjurarle debo.  
 De Rosalía por los claros ojos,  
 La altiva frente y labios purpurinos,  
 El breve pie, la pierna torneada  
 Y demás pertenencias, te conjuro  
 A que aparezcas en tu propia forma.

BENV. Lograrás enojarlo si te escucha.

MERC. Con esto no le enojo. Le enojara  
 Si misterioso espíritu evocase  
 De su amada en el místico circuito,  
 Para que allí lo conjurase ella.  
 Ofensa fuera entonces. Mas yo invoco  
 Honradamente; y, de su amada en nombre,  
 Tan sólo su presencia aquí reclamo.

BENV. Conmigo ven. Entre árboles oculto  
 Ansia consorcio con la oscura noche;  
 Que amor, que es ciego, las tinieblas busca.

MERC. Si amor es ciego, no dará en el blanco.  
 Ahora al pie de un manzano se recuesta,  
 Quizás ansiando ver á su adorada  
 En la fruta prohibida transformada.  
 Romeo, buenas noches. Yo á mi lecho;  
 Que es colchón fresco por demás la tierra.  
 ¿Nos vamos?

BENV. Nos iremos; que es inútil  
 Buscar á quien no quiere ser hallado.

(Vanse.)

## ESCENA II.

Jardín de la casa de Capuleto.

Entra ROMEO.

- ROM. ¡Burla de las heridas el no herido!—  
Pero ¿qué luz asoma á esa ventana?  
(Julieta se asoma á la ventana.)  
¡Es el Oriente! ¡El sol de mi Julieta!  
Sal, pues, y mata á la envidiosa luna,  
Que palidece acongojada y triste  
Al ver que su doncella la aventaja.  
Cesa ya de servir á quien te envidia:  
Es de vestal su túnica incolora:  
No vistas tú tan insensato traje.  
¡Ah, sí! ¡Mi dueño es! ¡Mi dulce amada!  
Porque tú lo supieses ¡qué no diera!  
Habla... mas nada dice. ¡Qué me importa!  
Sus ojos hablan. Responderles quiero.  
Audacia fuera en mí, que no es conmigo.  
A sus ojos dos astros vagarosos  
Han suplicado que en su ausencia brillen.  
Si mudasen sus ojos y esos astros  
De lugar, ¿qué ocurriría? Su semblante  
Con su esplendor quizás los eclipsara  
Cual eclipse á una lámpara la aurora.  
Sus ojos desde el cielo brillarían  
Con tanta luz en la región etérea,  
Que las aves, negando que era noche,  
Con su cantar los aires alegraran.



¡Ved! Reposa en la mano su mejilla.  
 ¡Oh, quién el guante fuese de esa mano,  
 Y su mejilla así besar pudiera!

JUL. ¡Ay de mí!

ROM. ¡Habla! Habla, te suplico,  
 Angel de amores que encumbrado veo  
 Para mí tan glorioso en esta noche  
 Como celeste mensajero alado  
 Para aquellos que estáticos lo miran  
 Cuando cabalga en perezosa nube  
 Flotando de la atmósfera en el seno.

JUL. ¡Oh Romeo, Romeo!—¿Por qué causa  
 Te llamaste Romeo?—De tu padre  
 Olvídate. Reniega de tu nombre,  
 O, si no quieres, y tu amor me juras,  
 Dejaré de llamarme Capuleto.

ROM. ¿Escuchar debo más, ó la interrumpo?

JUL. Es tan sólo tu nombre mi enemigo;  
 Tú fueras tú, Montesco ó no Montesco.  
 ¿Qué es Montesco? decid. Ni pie, ni mano,  
 Ni brazo, ni semblante, parte alguna  
 De humano sér. Rechaza, pues, tu nombre,  
 Y en cambio de ese nombre, nada tuyo,  
 Tómame á mí.

ROM. Te cojo la palabra.

¡Tu amante yo! Bautícenme de nuevo,  
 Que desde hoy Romeo no me llamo.

JUL. ¿Quién eres tú que entre nocturnas sombras  
 Así tropiezas con mi voz?

ROM. Con nombre

A decirte quién soy no me aventuro.  
 Mi nombre, santa mía, te es odioso;  
 Que tú cual enemigo lo juzgaste.  
 Si lo hubiera yo escrito, lo rasgara.

- JUL. Aunque sólo han libado mis oídos  
De esa voz cien palabras, la conocen.  
¿No eres Romeo? dí. ¿No eres Montesco?
- ROM. No tal, si tú no quieres, santa mía.
- JUL. ¿Cómo y por qué, responde, aquí viniste?  
Muy altas son las tapias de la huerta,  
Y la muerte hallarás en este sitio  
Como lleguen mis deudos á encontrarte.
- ROM. En alas del amor salvé las tapias:  
No detiene al amor gigante muro,  
Y amor intenta lo que amor columbra;  
Tus deudos, pues, á mi no me intimidan.
- JUL. Matarte lograrán si aquí te encuentran.
- ROM. Hay más peligro para mí en tus ojos  
Que en veinte espadas tuyas. Si me miras  
Amante tú, de su furor me río.
- JUL. No permitan los cielos que te vean.
- ROM. Me encubre el manto de la negra noche;  
Pero amándome tú, poco me importa.  
Prefiero yo que su odio me asesine,  
A prolongarme sin tu amor la vida.
- JUL. ¿Quién, dime, te ha guiado hasta este sitio?
- ROM. El amor, que me indujo á averiguarlo,  
Su astucia me prestó; yo á él los ojos.  
Piloto no seré; mas si estuvieras  
Del mar inmenso en la remonta lince,  
De tal tesoro en busca navegara.
- JUL. Cubre mi faz el velo de la noche,  
O en mis mejillas estampado vieras  
Sonrojo virginal por lo que oíste.  
Recatada quisiera parecerte;  
Negar lo que antes dije, ¡vano esfuerzo!  
¿Tú me amas?— Que sí, dirás, presumo,  
Y te creeré. Si acaso lo jurases,



Me engañaras quizás; pues aseguran  
 Que Júpiter de amantes votos ríe.  
 Dulce Romeo, si tu amor es mío,  
 Sepa yo la verdad. Si, por ventura,  
 Harto fácil juzgaste tu victoria,  
 Ceñuda me verás y despiadada  
 Con el desdén buscando tus favores;  
 Pero, si no, ni por el mundo entero.  
 Confieso que mi amor es excesivo,  
 Y acaso tú me taches de liviana;  
 Pero seré, señor, yo te lo juro,  
 Más fiel que las que entienden de cautelas.  
 Me mostrara quizás más cautelosa,  
 Pero ya que mi afecto sorprendiste,  
 Perdona la explosión de mi cariño,  
 Y á liviandad no imputes la franqueza  
 Que con las sombras de la noche tuve.

ROM. Juro por esa luna, que de plata  
 Las copas de estos árboles reviste...

JUL. No jures, no, por la inconstante luna,  
 Que de apariencia cada mes varía,  
 No vaya á variar tu amor cual ella.

ROM. ¿Y por quién debo de jurar?

JUL. No jures,  
 Ó jura sólo por tu sér querido;  
 Porque siendo tú el dios que yo idolatro,  
 Fe te he de dar.

ROM. Si el santo amor del pecho...

JUL. Pero no jures. Aunque gozo en verte,  
 No gozo con tus votos esta noche.  
 Tan fuera de razón y temerarios,  
 Me parecen relámpagos que mueren  
 Antes de que sepamos que iluminan.  
 Adiós, mi bien. Que al retornar á vernos,

De nuestro amor el germen convertido  
En flor gallarda esté, cual si lo hubiera  
El hálito estival vivificado.

¡Adiós! ¡Adiós! Tu corazón inunde  
La ventura y la paz que en mí se infunde.

ROM. ¿Y así me dejarás no satisfecho?

JUL. ¿Qué más satisfacción en esta noche?

ROM. Jurémonos eterno amor entrambos.

JUL. Mi amor te he dado ya sin tú pedirle,  
Pero de nuevo dártele quisiera.

ROM. ¿Me le quieres quitar? ¿Por qué, mi vida?

JUL. Porque de nuevo dártele quisiera,  
Aunque tan sólo lo que tengo ansío.

Océano sin playas mi ternura,

Inmenso como el mar mi amor profundo,

Por mucho que te diera más hallaras,

Porque son infinitos en esencia.—

(Llama el Ama desde dentro.)

Oigo rumor.—Montesco, no me olvides.

Espera un rato. Volveré en seguida. (Vase.)

ROM. ¡Ah bendita, bendita noche! Temo,

Siendo de noche, que tan dulce encanto

En sueño baladí se desvanezca.

Vuelve JULIETA.

JUL. Dos palabras no más, y me despido.

Si el amor que me muestras es honrado,

Casarte tu intención, díle mañana

A la persona que enviarte intento,

Y en dónde y cuándo ha de cumplirse el rito;

Y á tus pies, deponiendo mi fortuna,

Te seguiré, cual dueño, por el mundo.

AMA. (Dentro.)

¡Señora!



- JUL.                    ¡Voy!—Pero si tal no piensas,  
Te ruego yo...
- AMA. (Dentro.)            ¡Señora!
- JUL.                                       ¡De seguida!—  
Que ceses, y á mi pena me abandones.  
Mañana te verán.
- ROM.                                       Mi amor sincero...
- JUL.                    ¡Adiós! ¡Adiós mil veces! (Vase.)
- ROM.                                       Sí, mil veces  
Llorar la ausencia de tu luz me toca;  
En busca de su amor el alma vuela,  
Retorna, como niño va á la escuela.
- Vuelve JULIETA.
- JUL.                    ¡Eh, Romeo, Romeo! ¡Quién pudiese,  
Halconero, dar voces, reclamando  
A este gentil azor! Pero al cautivo  
No le es dado gritar; ó el antro oscuro  
Donde el eco reposa conmoviera,  
Y su aérea voz, más ronca que la mía,  
Nombrara sin cesar á mi Romeo.
- ROM.                    ¡Mi alma pronunciando está mi nombre!  
En la noche callada, ¡qué dulzura  
Tiene de amor el argentino timbre!  
¡No hay música en el orbe que lo iguale!
- JUL.                    ¡Romeo!
- ROM.                                       ¡Dulce bien!
- JUL.                                       ¡A qué hora, dime,  
Mañana deben ir?
- ROM.                                       Al dar las nueve.
- JUL.                    Irán.—¡Para esa hora falta un siglo!—  
Mas... á qué te llamé ya no recuerdo.
- ROM.                    Déjame estar aquí mientras recuerdas.
- JUL.                    Lo olvidaré para que aquí te quedes,



- Recordándome sólo que te amo.  
 ROM. Y aquí me quedaré para que olvides,  
 Recordándome sólo de este sitio.
- JUL. Despunta el alba.—Que te vayas quiero:  
 Pero no te quisiera á más distancia  
 De la que alcanza el pobre pajarillo  
 En poder de una niña, cuando deja  
 Que un instante sus faldas abandone,  
 Y luégo con el hilo lo recobra,  
 Celosa de que libre al aire vuele.
- ROM. Ave quisiera ser.
- JUL. Yo que lo fueras.  
 Mas temo que mis mimos te mataran.  
 ¡Adiós! ¡Adiós! Tan plácida agonía  
 Yo prolongara hasta el brillar del día. (Vase.)
- ROM. ¡Sueño, á sus ojos id! ¡Paz, á su pecho!  
 ¡Quién fuera sueño y paz y hallar tal lecho!—  
 Ahora á mi confesor, para pedirle  
 Amparo, y mi ventura referirle.

## ESCENA III.

Celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY LORENZO con una cesta.

- FR. LOR. Ya esmalta con sus rayos el Oriente  
 Alegre el alba, y de la noche ríe,  
 Que ante el carro de Apolo refulgente  
 Es fuerza que humillada se desvíe.  
 Antes que el sol se eleve esplendoroso  
 Secando el suelo y esparciendo albores,

Repletar este cesto me es forzoso  
 De infestas plantas y preciadas flores.  
 ¡Oh tierra! madre al par que tumba eres.  
 Sepultura en entrañas convertida,  
 Brotan de tí los infinitos seres;  
 Tu pecho maternal les presta vida.  
 Cuanto de tí, naturaleza, nace,  
 Con propiedades misteriosas medra;  
 Inmenso es el poder que oculto yace  
 En cada flor, en cada planta y piedra.  
 Nada tan vil que su concurso niegue  
 Eternamente á lo que el bien indica,  
 Ni nada tan perfecto que no llegue  
 A producir el mal si al mal se aplica.  
 Es la virtud á veces vano orgullo,  
 Y el vicio á veces cual virtud campea;  
 En este tierno y virginal capullo  
 Un veneno y un bálsamo se crea.  
 Su aroma la mortal angustia acalla,  
 Su cáliz mata á quien lo prueba insano;  
 Así como en la flor, se dan batalla  
 Dos enemigos en el pecho humano:  
 La santidad que al bien nos encamina,  
 La pasión que en el mal gozando peca.  
 Si éste cual rey potente predomina,  
 Gusano corruptor la planta seca.

Entra ROMEO.

ROM. Buen día, padre mío.

FR. LOR. Dios te guarde.

Dulce suena esa voz madrugadora.—

Tu corazón, querido joven, arde,

Cuando así el lecho dejas á deshora.

De los pesares el amargo peso



Es natural que á la vejez desvele,  
Pero en la alegre juventud sin seso  
Regir el sueño cual monarca suele.  
Quien sin reposo la alborada espera,  
Indica que le acosa gran cuidado...  
Mas se puede entender de otra manera.—  
Mi Romeo quizás ha trasnochado.

ROM. Cierto. Pero descanso he conseguido.

FR. LOR. ¡Válgate Dios! ¿Has visto á Rosalía?

ROM. A Rosalía relegué al olvido;  
Hasta su nombre, padre, ya me hastía.

FR. LOR. Bien, hijo, bien. ¿Qué novedad es esta?

ROM. Os contaré mi historia brevemente.  
De mi enemigo en la mansión de fiesta,  
He herido á quien me hirió violentamente,  
Y vuestro amparo y medicinas vengo  
A ver si para entrambos hoy consigo.  
Ya veis, santo varón, que odio no tengo,  
Cuando pido también por mi enemigo.

FR. LOR. No me hables en enigmas, hijo amado,  
Que así la confesión no es provechosa.

ROM. ¡Pues bien! El corazón tengo empeñado  
De Capuleto á la heredera hermosa.  
Nos consume de amor el puro fuego;  
Que en santo lazo nos unáis os pido.—  
Ya os contaré por el camino luégo  
El cómo, y dónde, y cuándo ha sucedido.  
Ahora solo reclamo suplicante  
Que nos caséis en este mismo día.

FR. LOR. ¡Válgame San Francisco! ¡Qué inconstante!  
¿Tan pronto has olvidado á Rosalía?  
Que está tu amor de joven en los ojos,  
Y no en el corazón creeré por tanto.  
¡Jesús, María y José! ¡Cuántos enojos



Te costó Rosalía! ¡Cuánto llanto!  
 ¡Toda la sal del lloro que has vertido  
 Sazonando tu amor, desperdiciada!  
 ¡Aun tus ayes el sol no ha consumido!  
 ¡Aun escucho tu voz acongojada!  
 Tu mejilla señales aun ver deja  
 Por donde antigua lágrima corría,  
 Y cuita igual á la que hoy te aqueja  
 Sufriste poco ha por Rosalía.  
 ¡Mudaste!—¿Y en mujeres quién confía,  
 Si del hombre el amor tan pronto acaba?

ROM. No aprobabais mi amor por Rosalía.

FR. LOR. Tu idolatría, no tu amor, culpaba.

ROM. Mi amor dijisteis que enterrase.

FR. LOR. Cierto;

Mas no que le cavases sepultura  
 Por tener uno vivo y otro muerto.

ROM. No me riñáis.—Hoy amo con locura;  
 Nos amamos los dos con fe sincera;  
 Ella me da un amor que ardiente brilla;  
 No así la otra.

FR. LOR. Que quizás supiera  
 Que leía tu amor de carretilla.  
 Pero conmigo ven, mozo inconstante;  
 Tu protector seré, que el bien intento.  
 Puede esta unión calmar en un instante  
 De vuestras casas el rencor violento.

ROM. Venid, pues, y mostremos diligencia.

FR. LOR. Para no tropezar, calma y prudencia. (Vanse.)

## ESCENA IV.

Una calle.

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

MERC.—¿Dónde diablos se hallará el tal Romeo? ¿No fué anoche á su casa?

BENV.—No fué á casa de su padre. Así me lo aseguró su criado.

MERC.—¡Ah! Esa pálida moza de corazón empedernido, esa Rosalía de modo tal lo atormenta, que acabará por trastornarle el juicio.

BENV.—Teobaldo, el deudo del anciano Capuleto, le ha enviado una carta á casa de su padre.

MERC.—¡Voto va! Será cartel de desafío.

BENV.—Romeo contestará.

MERC.—Cualquiera puede contestar á una carta.

BENV.—Quiero decir que manifestará á su autor cómo se atreve si se le atreven.

MERC.—¡Pobre Romeo! Muerto está ya. Cosido á puñaladas por los negros ojos de albo rostro. Atravesados sus oídos por dulces endechas de amor. Dividido el propio centro de su corazón por la ancha flecha del dios vendado. ¿Y este es el hombre que va á hacer frente á Teobaldo?

BENV.—¿Y quién es Teobaldo?

MERC.—Permíteme que te diga que es algo más que el príncipe de los gatos. Es el prototipo del arte. Maneja la espada como tú la voz cuando lees música, midiendo el tiempo, la distancia y el compás. Pausa, semifusa: una, dos, y la tercera en el pecho. Es un desuellabotones de



primera. Un duelista. Un duelista. Caballero de alta prosapia y al tanto de la razón y de la sinrazón de la «inmortal passata», del «punto reverso» y del «ahí».

BENV.—¿Del qué?

MERC.—¡Mala peste en estos ridículos, remilgados y artificiales petimetres, novísimos reformadores de nuestro antiguo canto llano! «¡Jesús, qué buenísima espada, qué buenísimo mozo... qué buenísimas mujerzuelas!» Abuelos míos, ¿no es oprobio que vengan á inquietarnos estos moscones de tierra extraña, estos «pardonnez-moi» tan engreídos con sus modernos adornos, que no se cuidan ya de los antiguos hábitos? ¡Mal haya tanto melindre!

BENV.—¡Aquí llega Romeo! ¡Aquí llega Romeo!

MERC.—Romo trae el corazón. ¡Oh carne, que á veces no eres ni carne ni pescado! Ahora abunda en versos como abundaba el Petrarca. Laura, ante su dama, es una fregona, sólo que tuvo más propio amante para encumbrarla. Dido, una campesina. Cleopatra, una gitana. Elena y Hero, busconas y meretrices. Tisbe, con sus ojillos negros, tal cual; pero no hay por qué hablar de ella. Señor Romeo, «bon jour», saludo francés correspondiente á esas calzas francesas. Nos diste esquinazo anoche.

ROM.—Buenos días tengáis. ¿Qué dices de esquinazo?

MERC.—Que te despediste á la francesa. ¿No entiendes?

ROM.—Perdóname, buen Mercucio. Tenía mucho que hacer, y en ciertos casos la cortesía debe plegarse.

MERC.—Es decir, que en ciertos casos pliegas las corvas.

ROM.—Ya ves que no es descortesía, pues genuflexiones son.

MERC.—Bien respondido está.

ROM.—Pues esto, aunque no es genuflexión, es cortesía.

MERC.—Yo soy la nata de la cortesía.

ROM.—¿Y por qué no la flor y nata?

MERC.—Quede la flor para tí.



ROM.—¿Porque llevo rosas en mi calzado?

MERC.—Cierto. Y no dirás ahora que te hallas en calzas prietas, puesto que así te las calzas.

ROM.—De hoy más echaré calza á tu ingenio.

MERC.—Ayúdame, buen Benvolio, ó, falto de respuesta, tendré que apelar á la fuga.

ROM.—O á tomar las calzas de Villadiego.

MERC.—Si hablas á tontas y á locas, hemos acabado.

ROM.—Tú sí que hablas á *tontas* y á *locas*.

MERC.—Pico más alto.

ROM.—Cuando andas á picos pardos.

MERC.—Picante estás.

ROM.—No te piques.

MERC.—Ingenio de cabritilla. Estiras la frase desde una pulgada hasta una vara.

ROM.—Calla el pico.

MERC.—¡Vamos á ver! ¿No vale más esto que gemir de amores? Ahora sí que eres buen camarada. Ahora sí que eres Romeo; y por tus dones naturales y los que debes al arte, debes llevarte en cualquier parte la mejor parte. Andabas con ese estúpido amor arriba y abajo como un idiota, pretendiendo ocultar su sonaja en un rincón.

BENV.—Detente, detente ahí.

MERC.—Aún queda por desollar el rabo de mi cuento.

BENV.—Quede rabón.

MERC.—Francamente, te diré que lo pensaba cortar cuando me interrumpiste.

ROM.—Aquí tenemos tela.

Entran el AMA y PEDRO.

MERC.—Vela, vela, vela á la vista.

BENV.—Dos, dos. Camisa y camisón.

AMA.—Pedro.

PED.—¿Qué?

AMA.—Mi abanico, Pedro.

MERC.—Pedro, dáselo, por favor, para que se tape la cara. Que más nos vale contemplar su abanico.

AMA.—Felices días, caballero.

MERC.—Felices tardes, hermosa dama.

AMA.—¿Es más de mediodía?

MERC.—Sí tal. La libertina mano del reloj se ha posado ya en las doce.

AMA.—Callad, callad. ¡Vaya! ¡Qué hombre!

MERC.—Señora, uno que Dios crió para que luégo se perdiese él á sí mismo.

AMA.—Es verdad. Bien dicho. «Para que luégo se perdiese él á sí mismo.» ¿No dijo eso? Caballeros, ¿puede alguno indicarme en dónde podré hallar al joven Romeo?

ROM.—Yo puedo. Pero el joven Romeo será más viejo cuando lo halléis que cuando preguntabais por él.—Yo soy el más joven de ese nombre, á falta de otro peor.

AMA.—¿De veras?

MERC.—¿Que si de veras es el peor? Bien á fe mía lo entendéis. Discretísimamente.

AMA.—Si lo sois, deseo hablaros á solas.

BENV.—¿A que lo convida á cenar?

MERC.—Tercera, tercera, tercera.—¡Hola!

BENV.—¿Qué hallaste?

MERC.—No es liebre. Ni hay por qué, pues, seguir la liebre.

Una liebre vieja,

Una liebre vieja

En Cuaresma se puede comer;

Mas tanto se añeja,

Si intacta se deja,

Que no es fácil poderla ni oler.

Romeo, ¿vas á casa de tu padre? Allí vamos á comer.

ROM.—Os seguiré.



MERC.—Adiós, antigua dama. Adiós, dama, dama, dama.  
(Vanse Benvolio y Mercucio.)

AMA.—Pues vaya con Dios.—Caballero, ¿me podéis decir quién es ese mercachifle tan pagado de sus truhanerías?

ROM.—Ama, es un caballero que gusta de oír su propia charla, y que habla más en un minuto de lo que escucha durante un mes.

AMA.—Pues si habla algo contra mí, llamarélo á cuentas, aunque valiera yo menos que él y veinte chulos como él. Y, si no puedo, buscaré quienes puedan. ¡Pícaro tiñoso! No soy yo de esas mujerzuelas, de esas perdidas que acostumbra él tratar. Y tú ahí te estás, y permites que cualquier tu-nante me trate á su antojo.

PEDR.—No ví á nadie trataros á su antojo. Si tal viera, á fe mía que presto hubiera desenvainado mi tizona. Desenvaino tan pronto como el primero, si veo motivo para ello, si es buena la causa y si me favorece la ley.

AMA.—¡Valgame Dios! Tan enojada estoy, que el cuerpo entero me tiembla. ¡Pícaro tiñoso!—Caballero, permitidme una palabra. Como os decía, mi señorita me manda buscaros. Pero no repetiré lo que me dijo para vos. Primero tengo de deciros que si la conducís al paraíso de los tontos, como suele decirse, será, como suele decirse, un proceder indigno, porque mi señorita es una joven, y engañarla, francamente, sería una mala obra, y no tendríais perdón.

ROM.—Ama, recuérdame á tu señorita. Protesto que...

AMA.—¡Bravo mozo! Pues os aseguro que así se lo diré. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué contenta se va á poner!

ROM.—¿Qué le vas á decir, ama? No me escuchas.

AMA.—Señor, le diré que protestáis; lo que, según entiendo, es gentilísima oferta.

ROM.—Dile que halle excusa para ir esta tarde á confesarse, y allí en la celda de Fray Lorenzo se confesará y se casará. Toma, en premio de tus bondades.



AMA.—No, señor, ni un cuarto.

ROM.—¡Vamos! Digo que lo tomes.

AMA.—¿Esta tarde? Pues allí estará.

ROM. De la abadía tras la tapia espera,  
Que dentro de una hora mi criado  
Te llevará de cuerdas una escala  
Por donde puedo, al tope de mi gloria,  
Tregar en el silencio de la noche.  
Adiós, sabré recompensar tu celo;  
Adiós, y mis recuerdos á tu ama.

AMA.—El Dios de los cielos os bendiga. Escuchad, caballero.

ROM.—¿Qué dices, querida ama?

AMA.—¿Es fiel vuestro criado?—¿No habéis nunca oído decir que se puede guardar un secreto entre dos personas, si la una lo ignora?

ROM.—Te aseguro que mi criado es la fidelidad misma.

AMA.—Está bien, señor. No hay dama más linda que mi señorita. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué pico tenía cuando chiquela! ¡Ah! Hay un joven en la villa, un tal Paris, que de buen grado la echara el guante. Pero ella, ¡bendita sea su alma! mas que verlo á él prefiere ver un sapo, un verdadero sapo. A veces la hago rabiarse diciéndole que Paris es el marido que le conviene; pero cuando digo eso se pone más pálida que la mismísima cera.—Romero y Romeo ¿no comienzan con la misma letra?

ROM.—Por supuesto, ama. Pero ¿á qué viene eso? ambos nombres principian con erre.

AMA.—No os burléis. Esa letra es para perro. La erre es para perro. No, no es eso. Sé que principian con otra letra. Pues inventa unas sentencias tan lindas con vuestro nombre y con Romero, que os colmara de satisfacción si lo escucharais.

ROM.—Recuérdame á tu ama.

AMA. — Sí, mil veces.—¡ Pedro! (Vase Romeo.)

PEDR.—¿Qué?

AMA.—Pedro, toma mi abanico y guía tú. (Vanse.)

## ESCENA V.

Jardín de la casa de Capuleto.

JUL. Cuando al ama envié las nueve eran,  
 Y prometió volver en media hora.  
 No lo encontré quizás. Mas no.—¡Qué torpe!  
 ¡Para heraldos de amor, los pensamientos,  
 Aún más veloces que del sol los rayos  
 La sombra al disipar de la colina!  
 Raudas palomas al amor conducen,  
 Y aun por eso Cupido tiene alas.  
 De su carrera el punto culminante  
 Ha alcanzado ya el sol.—De nueve á doce  
 Tres horas van.—¡Y ausente todavía!  
 Si ella tuviera amor y joven sangre,  
 Caminara veloz como saeta.  
 A mi amor mis palabras la impulsaran,  
 Y las suyas á mí. Pero los viejos,  
 Cadáveres parecen, insensibles,  
 Graves, torpes, pesados como plomo.

Entran el AMA y PEDRO.

¡Ay, Dios! ya llega. Mi querida ama,  
 ¿Qué noticias? ¿Hablar con él pudiste?—  
 Despide á ése.

AMA. Pedro, véte fuera. (Vase Pedro.)

JUL. Y bien, dulce ama mía. ¡Dios me ampare!



¿Estás triste?—Si tristes tus noticias,  
Dílas alegremente. Si son faustas,  
La música que tienen estropeas  
Con tan hosco semblante al repetir las.

AMA. Cansada estoy. Permíteme un momento.

¡Ay, pobres huesos míos!—¡Qué jornada!

JUL. ¡Tuvieras tú mis huesos, yo tus nuevas!

Pero habla, por Dios, ama querida.

AMA. ¡Jesús, qué prisa! Espera un breve instante.

¿No consideras que me falta aliento?

JUL. ¿Te falta aliento, cuando aliento tienes

Para decirme que te falta aliento?

Menos que en excusarte tardarías

En repetir lo que decir excusas.

¿Tus noticias son buenas ó son malas?

AMA.—¡Vaya una elección que has hecho! No sirves para escoger marido. ¡Romeo! ¡No es cosa! Aunque tenga rostro más bello que otro alguno, no hay quien le aventaje en piernas; y en cuanto á manos y pie y garbo, no hay por qué hablar de ello, aunque excedan á toda comparación. No será la flor y nata de los cortesanos, pero segura estoy de que es humilde como una oveja. Anda, anda, chiquilla. Sirve á Dios.—¿Han comido en casa?

JUL. Calla tú. Todo eso lo sabía.

¿Qué dice de casarse, di, qué dice?

AMA. ¡Ay, Jesús, mi cabeza, mi cabeza!

¡Pues y mi espalda! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Mi  
[espalda!

Tuya la culpa es que me enviaste,  
Para dar fin conmigo en tal jaleo.

JUL. ¡Cuánto siento que buena no te encuentres!

Mi amor, ama querida, ¿qué te dijo?

AMA. Dice tu amor, cual caballero honrado,

Modelo de bondad y gentileza,

- Y aun diré de virtudes... ¿Y tu madre?
- JUL. ¿Y mi madre?—Allá dentro. ¿Quién lo duda?  
De modo extraordinario me respondes.  
«Dice tu amor, cual caballero honrado...  
¿Y tu madre?»
- AMA.                                ;La Virgen sea conmigo!  
Te enojas, ¿no es verdad? ¿Vas á reñirme?  
¿Esta es la unción para mis pobres huesos?  
Pues otra vez tú lleva tus mensajes.
- JUL. ¡Qué enredo! Mas Romeo ¿qué me dice?
- AMA. ¿Para ir á confesar tienes permiso?
- JUL. Sí.
- AMA.                                Pues marido encontrarás, si al punto  
De Fray Lorenzo acudes á la celda.  
¿Ahora sube la sangre á tus mejillas?  
La noticia más leve las colora.  
A la iglesia. Yo voy por otro lado  
Esa escala á buscar, que han prometido,  
Por que trepe tu amor de noche al nido.  
Yo á comer. Tú á la celda de seguida.
- JUL. ¡A mi felicidad, ama querida! (Vanse.)



## ESCENA VI.

La celda de Fray Lorenzo.

Entran FRAY LORENZO y ROMEO.

FR. LOR. Gozoso el cielo acoja el santo rito,  
Y evite que el futuro nos inculpe.

ROM. Amén, amén. Mas vengan sinsabores  
Que invalidar no pueden la ventura  
Que verla un solo instante me ocasiona.  
Nuestras manos unid, y ya la muerte,  
Que hasta al amor devora, no me espanta.  
Bástame á mí poder llamarla mía.

FR. LOR. Violentos goces tienen fin violento,  
Y mueren al triunfar, cual al besarse  
La pólvora y el fuego se consumen.  
La dulcísima miel al fin nos cansa  
Y embota al paladar y no alimenta;  
Modera, pues, tu amor para que dure.  
Ni por demás violenta, ni pausada,  
Debe ser en la vida la jornada.—  
Aquí la dama esté. Pie tan ligero  
Jamás desgastará la eterna roca.  
Sobre los tenues hilos que la araña  
Extiende por los aires en verano,  
Puede el amor vagar. ¡Tal es de leve!

Entra JULIETA.

JUL. ¡A mi querido confesor Dios guarde!

FR. LOR. Romeo por los dos te dé las gracias.

- JUL. Lo mismo á él ó fueran con exceso.
- ROM. ¡Ah, Julieta! Si el colmo de tu dicha  
Como mi dicha es, y con más arte  
La puedes expresar, el aire ambiente  
Endulza con tu aliento, y suaves notas  
Ufanas canten la interior ventura  
Que agita nuestro sér al encontrarnos.
- JUL. El pensamiento, en realidades rico  
Y no en palabras, en su esencia goza  
Y no en su ornato. Pobres pordioseros  
Son los que cuentan el caudal que tienen.  
Mi tesoro de amor tal es de grande,  
Que ya ni la mitad contar pudiera.
- FR. LOR. Vamos, y brevemente terminemos.  
Hasta haceros la Iglesia de dos uno,  
Solos que os deje aquí no es oportuno. (Vanse.)